

## Una teoría general del *aguante*

### Una lógica popular de la práctica (popular)

Un punto de partida en el tratamiento de la violencia en el fútbol, aunque elemental, ha sido profundamente descuidado: no hay acción sin causa y sin sentido. Si no conseguimos la información suficiente para contestar esas dos cuestiones, si no producimos interpretaciones rigurosas y adecuadas, no podemos entender de qué se trata. Nada: la violencia en el fútbol, el narcotráfico o la costumbre de hacer regalos para los cumpleaños. Cuando el tratamiento periodístico y político “soluciona” todo hablando de “los violentos”, infiere una causa y un sentido: la violencia ocurriría, según ellos, porque hay sujetos intrínsecamente violentos, que todo lo hacen violentamente y cuyo único objetivo es obtener dinero a cambio de esa violencia arbitraria y, para colmo, congénita. (Esto, a su vez, supone un único camino para la solución: “expulsar a los violentos del fútbol argentino”, “desterrar a esa lacra humana”, “exterminar a esos animales”. Estas barbarida-

des han sido dichas, incluso públicamente, sin miedo a las implicancias autoritarias, aunque esas posturas contradicen algunos principios básicos del derecho democrático).

En consecuencia, las únicas medidas alguna vez tomadas han sido las represivas, pero limitadas al reparto de palos al por mayor entre todos los hinchas. En pocos casos ha habido condenas judiciales, producto de la acción de pocos fiscales y jueces con inteligencia como para probar hechos criminales previstos en el código penal –porque, ya que estamos: la Ley De la Rúa, una ley pensada específicamente para los hechos de violencia deportiva, es una tontería digna de su autor y el cuerpo jurídico más inútil de la legislación argentina. Para colmo, como todos sabemos, las relaciones entre hinchadas y dirigencias policiales, políticas y judiciales son tan tortuosas que vuelven harto imposible el desarrollo de estas tácticas con alguna posibilidad de éxito.

Cada vez que discutimos estos argumentos solemos ampararnos en un dato estrictamente

histórico: las soluciones judiciales y policiales represivas, únicas esgrimidas hasta ahora, no han dado ningún resultado. Por eso es que reclamamos al menos la posibilidad de pensar y discutir alternativas, que deben comenzar, como dijimos en la primera oración, por entender causas y sentidos. Y para eso precisamos partir de un principio antropológico, aquel que afirma que las acciones sociales deben comprenderse en función de la lógica de los que las realizan. Dicho rápidamente: si aquellos que no ejercitamos prácticas violentas ni siquiera para darle un chirlo a los chicos, aquellos que tenemos un pánico proverbial al dolor físico, aquellos que hemos evitado toda situación de enfrentamiento desde nuestra más tierna infancia intentamos interpretar los hechos de violencia desde nuestros propios parámetros morales de acción, no vamos a entender nada. Para no hablar de las ocasiones en las que esos juicios morales –porque no se trata de interpretación más o menos científica, sino de juicios rápidos que condenan sin posibilidad de defensa– son producidos desde una flagrante hipocresía: los mismos dirigentes deportivos y políticos que rechazan exasperados la violencia de las hinchadas hacen uso de ella en situaciones específicas. O más exasperante es el hecho de que los mismos auto-denominados “hinchas comunes” rechacen a los “violentos”, prediquen su condena, y luego reclamen la violación anal de los adversarios, los escupan y agreden físicamente, pasen del “no existís” a la amenaza de muerte.

Una gigantesca hipocresía que encubre un riguroso etnocentrismo: juzgar las acciones de los otros a partir de los propios parámetros culturales y morales, parámetros que para colmo son mentirosos.

Como ya señalamos, no hay práctica sin lógica que la contenga, la explique, la permita y le dé sentido. La idea de lo “instintivo” puede ser simpática para describir acciones puntuales y focalizadas, pero no para comprender prácticas de masas, extendidas en el tiempo, en el espacio y entre sujetos de diversas clases

sociales, géneros y edades. Además, lo “instintivo” nos vuelve a poner otra vez en el mundo animal, que es lo que queremos evitar. Los seres humanos no actúan en el vacío de sentido: producen sus prácticas en medio de complejas codificaciones culturales, morales e ideológicas a las que responden de modo más o menos consciente. Codificaciones que pueden cambiar: justamente porque son humanas, han sido elaboradas por sujetos que con ellas modificaron otras anteriores; codificaciones que volverán a ser suplantadas cuando encuentren o inventen otras mejores. No hay determinismos cerrados en la acción social: con mayores o menores dificultades, los sujetos tienen capacidad de discutir incluso sus determinaciones biológicas, de clase o étnicas.

Entender, entonces, la lógica de la violencia en el fútbol es el punto de partida para comprender mejor el fenómeno. Pero entenderla significa escuchar a los actores.

### Una retórica, una ética

Desde hace casi quince años insistimos en que esa lógica se llama *aguante*. Una popularización fácil –de la que somos corresponsables– ha dado en llamarla “cultura del aguante”, aunque en realidad deba ser llamada *ética del aguante*, porque está organizada como un sistema básicamente moral.

Para entenderla y organizarla, es bueno comenzar por sus retóricas. Es decir, un vocabulario y un sistema de metáforas, un lenguaje que nos permite comprender de qué estamos hablando. De un lado están los hombres, que son los que aguantan: es decir, los que tienen coraje, los que, en consecuencia, tienen “huevos” –porque, al ordenarse en torno de metáforas sexuales, todo se vuelve genital, hasta el coraje–, los que “se plantan” y no “corren”, asegurando el territorio; los que defienden los “trapos” (las banderas) frente al ataque del adversario. Son los que no precisan aliados, y mucho menos la policía, la “yuta” –*buchones, botones, tiras, canas, vigilantes, cobanis*–, que

\* Sociólogo. Profesor Titular de Cultura Popular en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

como usan “fierros” (armas) y rehúsan, en consecuencia, la pelea mano a mano, tampoco tienen coraje.

Del otro lado, consecuentemente, están los “putos”. Por oposición: todos los que no son lo que acabamos de decir, incluyendo entre ellos a la policía. Y, en consecuencia: en tanto el sistema se organiza genital y sexualmente, la relación entre hombres –machos– y putos se metaforiza a través de las relaciones sexuales masculinas; es decir, la penetración anal –“romperles el culo”– y el sexo oral –“chupapetes”–. Para usar categorías de la epistemología maradoniana, es lo que va de “la tenés adentro” a “que la sigan chupando”.

Desde ya, estas son metáforas fáciles y perfectamente comprensibles, e incluso no son necesariamente homofóbicas, aunque parezca. Porque es una metáfora: lo que define la posesión de aguante no es la heterosexualidad, sino la capacidad para el combate. El aguante denomina la capacidad de “plantarse” y “no correr”: no se limita a otras expresiones corporales, tales como acompañar al equipo en viajes insondables a lo largo y ancho de la república, soportar fríos y calores estrambóticos o cantar durante horas con potencia desgarrada, que también deben desplegarse. Pero el aguante se verifica, se prueba, se aquilata en el combate.

Por consiguiente, las hinchadas deben conmemorar esos combates, a través de los cuales demostraron su propio aguante y la ausencia del ajeno: porque, además, todas las hinchadas mantienen una suerte de *rating* imaginario en el que la concurrencia al estadio, la abundancia de banderas, los enfrentamientos con la policía (los más valiosos, los que más puntos dan) y con las otras hinchadas permiten establecer jerarquías: hinchadas más o menos aguantadoras. Pero no alcanza con las conmemoraciones: porque el aguante no es puro relato, sino un relato inscripto en el cuerpo, una memoria de la acción en la que las cicatrices de los combates pasados cumplen un rol decisivo. Nadie puede “irse de boca”, “chamuyar” el aguante: el combate debe ser real y debe poder comprobarse en el cuerpo.

El aguante se inscribe en el cuerpo. El aguante se ejecuta con el cuerpo. La lógica del aguante es tan corporal que inclusive permite explicar el exceso corporal. Por ejemplo, el abuso en el consumo de drogas y alcohol. ¿En qué consiste ese abuso? Consiste en explotar el límite del cuerpo. Uno es muy macho si bebe mucho; es muy macho si no cae redondo, si aguanta ingestas desmesuradas de drogas y pastillas. Es una lógica cerradamente corporal, profundamente *aguantadora*. También, por cierto, profundamente machista. Pero, me detengo en esto, es duramente corporal. El aguante es una lógica del cuerpo. Y en tanto que lógica del cuerpo, contradice también el predominio de la racionalidad discursiva, presuntamente abstracta y letrada. En tanto que la moralidad, y también la economía burguesa, es básicamente simbólica y discursiva, es básicamente *palabretera*, esta lógica exasperada y excesivamente corporal aparece como radicalmente *otra*, aparece como destinada solamente al rechazo.

¿En qué consiste esta lógica de la práctica? Consiste en un mundo moral según el cual defender el honor, el territorio, la tradición, el orgullo del barrio, el equipo y los colores es tarea de machos que debe ser ejecutada con el cuerpo a partir de una serie de prácticas que son especialmente las violentas: el combate, la pelea. Esto tiene infinitos recovecos, transformaciones, no es una lógica estable: es una lógica cambiante. En un artículo reciente, Verónica Moreira trabaja con los testimonios de los hinchas viejos frente a los hinchas nuevos, y aquellos afirman: “con el fierro cualquiera tiene aguante, ahora cualquiera sale a los corchazos”. ¿Por qué? Porque el código viejo del aguante sostenía que el aguante se ejercitaba con el cuerpo. El *fierro*, el arma, pone distancia, no permite el choque del cuerpo. Entonces, “con el fierro cualquiera tiene aguante” está describiendo un cambio en esa lógica.

Lo cierto es que lo que hay ahí es una lógica. Una lógica que no es una ideología, que no es una concepción del mundo y de la vida, sino una concepción moral del mundo y de



De izquierda a derecha:

*Dirt*, 2018  
Oil on canvas  
274 x 213 cm

*Untitled*, 2018  
Onyx  
254 x 156 x 86 cm

*Teeth*, 2018  
Oil on canvas  
274 x 213 cm

©Anish Kapoor. All rights reserved DACS/SAVA 2020

la vida: *esto está bien, esto está mal*. Desde ya que una concepción moral del mundo y de la vida basada en ver quién *la tiene más larga* no es precisamente una concepción que nos seduzca, que podamos considerar progresista, revolucionaria, transformadora, transgresora, alternativa. Y, sin embargo, es alternativa en el sentido de que señala justamente una pluralidad moral. En el momento en el que el aguante se reclama como una concepción moral, está señalando que hay más que una *única* moral. Y

ahí aparece otra palabra propia del vocabulario que estamos analizando: el *careta*, el hipócrita. Es decir, aquel que afirma que su mundo moral es único y no acepta la existencia de morales alternativas. En ese sentido, el aguante funciona como *relativamente* alternativo: señala la afirmación positiva de una moralidad distinta de la hegemónica. Que nos seduce poco, que no nos comprende ni nos organiza, pero que funciona como lógica moral de la práctica para una enorme cantidad de sujetos.

## Obligaciones y legitimidades

Al construirse y reconocerse como lógica y como moralidad, el aguante no es una característica más simpática o más repudiable de los hinchas y las hinchadas: es un mandato moral que organiza las prácticas, y por eso insistimos tanto en esta idea de *lógica de la práctica*. Frente a cualquier suceso que los sujetos entiendan como pérdida del honor, como deshonra –que otra hinchada “camine” el territorio propio; el robo de banderas; ampliamente, cualquier derrota deportiva; de manera especial, los descensos de categoría, para citar solo algunos–, la lógica aguantadora reclama que ese honor sea vengado, que la herida sea lavada, exhibiendo más aguante. Pelearse, entonces, deja de ser una posibilidad: la lógica aguantadora lo transforma en *una obligación*. La sucesión de incidentes de menor o mayor envergadura –desórdenes o muertes– que se producen en cada final de temporada, cuando se deciden los descensos, son tan previsibles como explicables: la sorpresa es cuando no se producen, e incluso en ese caso no hay sorpresa, en tanto el conocimiento adecuado de los modos en que cada hinchada asimila y ejecuta el código permite anticipar los sucesos. Por ejemplo: el descenso de Independiente en 2013, que luego de un año de intensas disputas en torno de los comportamientos más o menos extorsivos o más o menos violentos de su *barra brava* fue previsiblemente acompañado sin incidentes importantes. A la inversa, el descenso de River en 2010 *debía* provocar el desastre ocurrido en las cercanías del estadio Monumental.

La idea es que el aguante se transforma en el contexto de interpretación que permite a los sujetos involucrados entender y juzgar sus propias prácticas. Así, lo que para un observador externo es un desorden de magnitud, para los participantes puede ser apenas una pelea justa, obligatoria, necesaria –a veces, incluso, placentera–; como señalamos en el capítulo anterior, la idea de la pelea como placer no debe ser descartada. De ese modo, veremos

que incluso las prácticas violentas se entienden como legítimas: es lo que *hay que hacer* si no se quiere ser tildado de *puto*.

Como señalamos en un trabajo que escribimos junto a José Garriga Zucal y Verónica Moreira, estas prácticas de los hinchas son reprimidas por la policía, juzgadas en los tribunales y condenadas por la opinión pública. El aguante es estigmatizado y condenado. Sin embargo, los miembros de la hinchada obstinadamente siguen apostando a estos gestos para distinguirse e identificarse. La sanción que ubica sus prácticas dentro de los límites de las acciones no válidas tiene para los hinchas otro significado, es una marca honrosa de su inclusión grupal: pelearse es un signo de prestigio. Esa obstinación no es el resultado del desconocimiento de la condena social. Por el contrario, conocen los valores que la sociedad otorga a sus habilidades distintivas, saben que son designados como “violentos”, “bárbaros” y “salvajes”, pero modifican la valoración negativa que la sociedad asigna a sus prácticas convirtiéndolas en acciones legítimas que los cargan de honor y prestigio.

Los hinchas dialogan con las definiciones que la sociedad asigna a sus prácticas y a su grupo. Ellos preferirían ser observados y definidos como aguantadores y miembros de la hinchada, no como “barras violentos”. Pero el poder de la definición hegemónica es verdaderamente efectivo. Entonces, los hinchas aceptan que son “barras bravas” y “violentos”. Al reconocer el valor negativo del aguante y saberse acosados por la policía y la prensa, estos hinchas buscan el momento justo para hacer públicas, para hacer visibles, las señales que los identifican. Son marcas distintivas que deben aprovechar la ocasión para emerger y así ser efectivas. No pueden manifestarse todo el tiempo. Los integrantes de la hinchada saben cuándo y dónde mostrar su aguante. Utilizan estratégicamente los momentos para marcarse y desmarcarse.

Mostrarse practicantes de acciones violentas es jugar el mejor partido con las cartas de que disponen, ya que buscando los momentos adecuados para hacer visibles las señales de su

manera de ser en el mundo, conforman una identidad. Porque la violencia, a pesar de su bagaje negativo y estigmatizado –o tal vez por esto mismo–, se constituye como un lugar propicio donde construir identidad. Dos son las ganancias de la identificación violenta, y ambas son el resultado final de la construcción de sujetos aguantadores. Por un lado, genera fuertes sentimientos de pertenencia, permitiendo a los identificados ser alguien o ser parte. Se crea un “nosotros” estable y sólido en función del rechazo que tienen sus prácticas distintivas. Por otro lado, y como resultado de estos mecanismos de identificación, la “elección” de acciones espectacularizadas y confrontadas con la “normalidad”, que funcionan como distintivas, permite adquirir una relevancia no posible para otras identificaciones. Establece rápidamente un “nosotros” y un “ellos” que, más allá de la condena, funcionan como espacios significativos donde exhibir características que definen su identidad.

Respecto del pasado (mítico), la transformación crucial está en la manera como los hinchas se ven a sí mismos: como el único custodio de la identidad, como el único actor sin beneficios económicos. Frente a la maximización de ese beneficio material (contado en dinero) por parte de los dirigentes, los jugadores, los periodistas, los políticos –como veremos, incluso las barras bravas–, las hinchadas solo pueden proponer la defensa de su beneficio simbólico: ellos invierten pasión y reciben más pasión, a veces como victorias y jactancias, a veces como derrotas y dolor. La continuidad de los repertorios que garantizan la identidad de un equipo aparece depositada en los hinchas, los únicos fieles “a los colores”, frente a jugadores “traidores”, a dirigentes guiados por el interés económico personal, a empresarios televisivos ocupados en maximizar la ganancia, a periodistas corruptos involucrados en negocios de transferencias. Las hinchadas desarrollan, en consecuencia, una autopercepción que agiganta sus obligaciones militantes: la asistencia al estadio no es únicamente el cumplimiento de un rito semanal,

sino un doble juego, pragmático y simbólico. Por un lado, por la persistencia del mandato mítico: la asistencia al estadio implica una participación mágica que incide en el resultado (*si no vamos, algo malo pasará*). Por el otro: la continuidad de la identidad depende, exclusivamente, de esa asistencia para que la veamos “nosotros” y “ellos”.

Pero, asimismo, esa centralidad –mejor, la centralidad en el relato de la identidad autopercebida por los hinchas– es recuperada por los medios. La narración periodística del fútbol deja de ser un espectáculo deportivo *enmarcado* por una gran cantidad de público; por el contrario, los hinchas agigantan su protagonismo en el relato, en la televisión de su *carnavalismo* o en el relato de sus acciones –excepto las violentas, expulsadas del campo de lo tolerable, como hemos dicho–. Los hinchas son actores centrales, se perciben como tales, son televisados como tales. Las tribunas no son más el marco: son parte de la acción. Este fenómeno puede verse como la aparición de un héroe deportivo colectivo que se comporta generalmente como el guión televisivo espera de él –o al menos, como el programa televisivo *El aguante* esperaba de él– y que además no cobra *cachet*. Hasta que se matan entre ellos, claro.

## Referencias

- Alabarces, P. y Garriga Zucal, J. (2007). Identidades corporais: Entre o relato e o aguante. *Campos*, 8, (1), 145-165.
- Alabarces, P., Garriga Zucal, J. y Moreira, M. V. (2008). El “aguante” y las hinchadas argentinas: Una relación violenta. *Horizontes antropológicos*, 30, 113-136.
- Alabarces, P., Garriga Zucal, J. y Moreira, M. V. (2012). La cultura como campo de batalla: Fútbol y violencia en la Argentina. *Versión: Estudios de Comunicación, Política y Cultura*, 29, 2-20.
- Garriga Zucal, J. (2007). *Haciendo amigos a las piñas*. Buenos Aires: Prometeo.
- Garriga Zucal, J. (2011). *Nosotros nos peleamos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Garriga Zucal, J. y Moreira, M. V. (2006). El aguante: Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia. En D. Míguez y P. Semán, *Entre santos, cumbias y piquetes: Las culturas populares en la Argentina reciente* (pp. 55-73). Buenos Aires: Biblos.
- Moreira, M. V. (2008). Aguante, generosidad y política en una hinchada de fútbol argentina. *Avá*, 12, 79-94.
- Moreira, M. V. (2013). Participación, poder y política en el fútbol argentino. *Nueva Sociedad*, 248, 52-63.